

XIV. ORACIÓN Y LA CASA DE DIOS

« Y me es muy querido ese sonoro «Amén», que resuena por toda la morada bendita, que se intensifica, se apaga y vuelve a intensificarse, y aunque se desvanece en las paredes, isigue vivo ante Dios!»

La oración está relacionada con lugares, tiempos, ocasiones y circunstancias. Tiene que ver con Dios y con todo lo que se relaciona con Dios, y tiene una relación íntima y especial con Su casa. Una iglesia es un lugar sagrado, apartado de todos los usos profanos y seculares, para la adoración de Dios. Como la adoración es oración, la casa de Dios es un lugar apartado para la adoración. No es un lugar común; es donde Dios habita, donde se encuentra con Su pueblo, y Él se deleita en la adoración de Sus santos.

La oración siempre está en su lugar en la casa de Dios. Cuando la oración es una extraña allí, entonces deja de ser la casa de Dios por completo. Nuestro Señor puso un énfasis peculiar en lo que la Iglesia era cuando expulsó a los compradores y vendedores del Templo, repitiendo las palabras de Isaías: «Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración» (Isaías 56:7). Él hace que la oración sea preeminente, que se destaque por encima de todo lo demás en la casa de Dios. Aquellos que desvían la oración, buscan minimizarla o le dan un lugar secundario, pervienten la Iglesia de Dios y la convierten en algo menor y diferente de lo que está ordenada a ser.

La oración está perfectamente en su hogar en la casa de Dios. No es una extraña, ni una mera invitada; pertenece allí. Tiene una afinidad peculiar por el lugar y tiene, además, un derecho divino allí, estando establecida en él por nombramiento y aprobación divinos.

El aposento interior es un lugar sagrado para la adoración personal. La casa de Dios es un lugar santo para la adoración unida. El closet de oración es para la oración individual. La casa de Dios es para la oración mutua, la oración concertada, la oración unida. Sin embargo, incluso en la casa de Dios, está el elemento de la adoración privada, ya que el pueblo de Dios debe adorarlo y

orarle, personalmente, incluso en la adoración pública. La Iglesia es para la oración unida de creyentes afines, aunque individuales.

La vida, el poder y la gloria de la Iglesia es la oración. La vida de sus miembros depende de la oración, y la presencia de Dios se asegura y retiene mediante la oración. El lugar mismo se vuelve sagrado por su ministerio. Sin ella, la Iglesia está sin vida y sin poder. Sin ella, incluso el edificio mismo no es nada, más o diferente, que cualquier otra estructura. La oración convierte incluso los ladrillos, el mortero y la madera en un santuario, un lugar santísimo, donde mora el Shekinah. Lo separa, en espíritu y propósito, de todos los demás edificios. La oración da una peculiar sacralidad al edificio, lo santifica, lo aparta para Dios, lo conserva de todos los asuntos comunes y mundanos.

Con oración, aunque se suponga que a la casa de Dios le falte todo lo demás, se convierte en un santuario divino. Así, el Tabernáculo, moviéndose de un lugar a otro, se convirtió en el lugar santísimo, porque la oración estaba allí. Sin oración, el edificio puede ser costoso, perfecto en todas sus provisiones, hermoso por su situación y atractivo a la vista, pero desciende a lo humano, sin nada divino en él, y está al nivel de todos los demás edificios.

Sin oración, una iglesia es como un cuerpo sin espíritu; es una cosa muerta e inanimada. Una iglesia con oración en ella, tiene a Dios en ella. Cuando la oración se deja de lado, Dios es proscrito. Cuando la oración se convierte en un ejercicio desconocido, entonces Dios mismo es un extraño allí.

Como la casa de Dios es una casa de oración, la intención divina es que las personas dejen sus hogares y vayan a encontrarse con Él en Su propia casa. El edificio está apartado especialmente para la oración, y como Dios ha hecho una promesa especial de encontrarse con Su pueblo allí, es su deber ir allí, y con ese fin específico. La oración debería ser la principal atracción para todos los asistentes a la iglesia espiritualmente orientados. Aunque se concede que la predicación de la Palabra tiene un lugar importante en la casa de Dios, sin embargo, la oración es su característica predominante y distintiva. No es que todos los demás lugares sean pecaminosos o malvados, en sí mismos o en sus

usos. Pero son seculares y humanos, sin tener una concepción especial de Dios en ellos. La Iglesia es, esencialmente, religiosa y divina. El trabajo que pertenece a otros lugares se hace sin referencia especial a Dios. Él no es específicamente reconocido ni invocado. En la Iglesia, sin embargo, Dios es reconocido, y nada se hace sin Él. La oración es la única marca distintiva de la casa de Dios. Así como la oración distingue al pueblo cristiano del no cristiano, así la oración distingue la casa de Dios de todas las demás casas. Es un lugar donde los creyentes fieles se encuentran con su Señor.

Como la casa de Dios es, preeminentemente, una casa de oración, la oración debe entrar y subyacer en todo lo que se emprende allí. La oración pertenece a toda clase de trabajo concerniente a la Iglesia de Dios. Como la casa de Dios es una casa donde se lleva a cabo el negocio de orar, así es un lugar donde se realiza el negocio de convertir a personas sin oración en personas de oración. La casa de Dios es un taller divino, y allí continúa la obra de la oración. O la casa de Dios es una escuela divina, en la que se enseña la lección de la oración; donde hombres y mujeres aprenden a orar, y donde se gradúan, en la escuela de la oración.

Cualquier iglesia que se llame a sí misma casa de Dios, y que falle en magnificar la oración; que no ponga la oración en la vanguardia de sus actividades; que no enseñe la gran lección de la oración, debería cambiar su enseñanza para ajustarse al patrón divino o cambiar el nombre de su edificio a algo diferente de una casa de oración.

En una página anterior, hicimos referencia al hallazgo del Libro de la Ley del Señor dado a Moisés. Cuánto tiempo había estado ese libro allí, no lo sabemos. Pero cuando las noticias de su descubrimiento fueron llevadas a Josías, este rasgó sus vestiduras y se sintió muy perturbado. Lamentó la negligencia de la Palabra de Dios y vio, como resultado natural, la iniquidad que abundaba por toda la tierra.

Y entonces, Josías pensó en Dios y ordenó a Hilcías, el sacerdote, que fuera a consultar al Señor. Tal negligencia de la Palabra de la Ley era un asunto

demasiado serio para tratarse a la ligera, y Dios debía ser consultado, y el arrepentimiento mostrado, por él mismo y por la nación:

«Ve y consulta al Señor por mí, y por los que quedan en Israel y en Judá, acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira del Señor que se ha derramado sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no han guardado la palabra del Señor, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro» (2 Crónicas 34:21).

Pero eso no fue todo. Josías estaba decidido a promover un avivamiento de la religión en su reino, así que lo encontramos reuniendo a todos los ancianos de Jerusalén y de Judá, con ese propósito. Cuando se hubieron reunido, el rey subió a la casa del Señor, y él mismo leyó todas las palabras del Libro del Pacto que se había hallado en la casa del Señor.

Con este rey justo, la Palabra de Dios era de gran importancia. La estimaba en su justo valor y consideraba el conocimiento de ella de tan grave importancia que demandaba consultar a Dios en oración al respecto, y justificaba la reunión de los notables de su reino, para que ellos, junto con él mismo, fueran instruidos del Libro de Dios concerniente a la Ley de Dios.

Cuando Esdras, de regreso de Babilonia, buscaba la reconstrucción de su nación, el pueblo mismo estaba consciente de la situación, y, en una ocasión, los sacerdotes, los levitas y el pueblo se reunieron como un solo hombre frente a la puerta del Agua.

«Y hablaron a Esdras el escriba, para que trajera el libro de la ley de Moisés, la cual el Señor había mandado a Israel. Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, tanto de hombres como de mujeres, y de todos los que podían oír con entendimiento. Y leyó en él delante de la calle que estaba frente a la puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley» (Nehemías 8:1-3).

Este fue el Día de la Lectura Bíblica en Judá — un verdadero avivamiento del estudio de las Escrituras. Los líderes leyeron la ley delante del pueblo, cuyos oídos estaban atentos para oír lo que Dios tenía que decirles del Libro de la Ley.

Pero no fue solo un día de lectura bíblica. Fue un tiempo en el que se hizo verdadera predicación, como indica el siguiente pasaje:

«Y leyeron en el libro de la ley de Dios claramente, y dieron el sentido, y les hicieron entender la lectura» (Nehemías 8:8).

He aquí, entonces, la definición escritural de la predicación. No se puede dar mejor definición. Leer la Palabra de Dios distintamente — leerla de modo que el pueblo pudiera oír y entender las palabras leídas; no murmurar las palabras, ni leerlas en voz baja o con indistinción, sino audaz y claramente — ese fue el método seguido en Jerusalén, en este día auspicioso. Además: el sentido de las palabras se aclaró en la reunión celebrada frente a la puerta del Agua; el pueblo fue tratado con un alto tipo de predicación expositiva. Esa fue verdadera predicación — una predicación del tipo que se necesita urgentemente hoy, para que la Palabra de Dios tenga el debido efecto en los corazones del pueblo. Esta reunión en Jerusalén ciertamente contiene una lección que todos los predicadores actuales deberían aprender y atender.

Nadie que tenga conocimiento de los hechos existentes negará la falta comparativa de predicación expositiva en el esfuerzo del púlpito de hoy. Y ninguno, debemos al menos imaginar, hará otra cosa que lamentar la falta. La predicación temática, la predicación polémica, la predicación histórica y otras formas de producción homilética tienen, uno supone, sus usos legítimos y oportunos. Pero la predicación expositiva — la exposición orante de la Palabra de Dios — es predicación que es predicación — el esfuerzo del púlpito por excelencia.

Para su logro exitoso, sin embargo, un predicador necesita ser un hombre de oración. Por cada hora que pase en su sillón de estudio, tendrá que pasar dos de rodillas. Por cada hora que dedique a luchar con un pasaje oscuro de la Sagrada Escritura, debe tener dos en las cuales se le encuentre luchando con Dios. Oración y predicación: ¡predicación y oración! No pueden separarse. El antiguo clamor era: «¡A tus tiendas, oh Israel!» El clamor moderno debería ser: «¡De rodillas, oh predicadores, de rodillas!»